

Ultraligero

Alfredo Marcos

Cuando uno supera los cuarenta el tiempo se distorsiona. Entra en un extraño bucle relativista en el que los años pasan más raudos que los días. Cada jornada se hace plomiza, viscosa y casi eterna, desde el momento en que uno pone el pie ya cansado sobre el suelo, hasta el instante en que vuelve a depositar sobre el lecho su magullado peso. En cambio, los años pasan volando. Uno, otro... ¿cincuenta ya? Sí, cincuenta. Y encima los amigos se empeñan en celebrarlo de algún modo estrafalario.

Fue Miguel Ángel quien abrió el grupo de guasap: “cumple_Eleuterio”. Los demás, hasta una decena de compadres, se incorporaron un poco por nostalgia de aquellos días, los de la movida universitaria, otro poco por curiosidad comparativa: uno solo puede calibrar cómo le ha ido la vida, después de todo, en parangón con sus cuates. Quizá el promotor de la iniciativa era el único que de veras apreciaba a Eleuterio. Los demás lo tenían por un tipo despegado, tan elegante y afable como falto de compromiso, tan agraciado y simpático como frío y calculador en todas sus relaciones. Algunos le guardaban incluso viejas cuentas y rencillas debido al éxito que siempre tuvo con las jais. Y a pesar del medio siglo, su mirada gris y su afectación vintage aun resultaban pasables.

A diferencia del resto de la tribu, Miguel Ángel, siempre distinguió a Eleuterio con un sincero afecto fraternal y protector, tal vez porque jugaron juntos de niños. En la facultad les llamaban el Yin y el Yang, y nunca acabó de quedar claro quién era cuál ni cuál era quién. Es cierto que tenían algo de opuestos complementarios. Miguel Ángel, entusiasta y entregado a cualquier causa, gastaba, de aquella, una chupa heavy metal bajo su larga melena. Y tres décadas más tarde, con veinte quilos de más y a punto de ser abuelo, persistía en las mismas, fiel al estilo roquero, a la pelambreira ya entrecana, a su novia, hoy su señora, y a su amigo de la infancia.

Con varias semanas de antelación, Miguel Ángel empezó a tejer la trama. Se trataba de prepararle a Eleuterio un cumpleaños con sorpresa. Pero nadie pudo imaginar hasta qué punto resultaría todo sorprendente e infausto. Decidieron alquilar para el caso el restaurante, futurista y decadente, de un aeropuerto cercano a Madrid. El local parecía idóneo, o cuando menos barato. Sitio en un lugar de la Mancha, apartado del mundanal ruido, y a falta de genuinos viajeros, había derivado en los últimos tiempos hacia el mundo del ocio y el esparcimiento. Por él había pasado ya buena parte de la fauna ibérica: que si bautizos por lo civil, que si reuniones de pymes, despedidas de soltero, cenas enlangostinadas de sindicatos con clase, meriendas sin cuento de las devotas damas de la gimnasia de mantenimiento... y en este plan.

Así fue como Eleuterio ingresó en la cincuentena, rodeado por sus amigotes en el bar de un aeropuerto semiabandonado. En su optimismo, Miguel Ángel había previsto una docena de comensales, pero solo aparecieron seis, o séase, el Yin, el Yang y a mayores cuatro gatos. “Bueno, a más tocamos”, comentó con sutileza uno de los felinos. En efecto, se trajinaron per cápita exactamente el doble de lo que suele engullir un miembro adulto y sano de la especie *Homo sapiens*. Pero

el local se les hizo grande y reverberante como un templo, diríase que más para la meditación que para el desmadre dionisiaco. A los postres llegaron, entre tintineo de vasos, la tarta y las velas, los sentidos discursos y el regalo sorpresa.

“¡Qué bien te conservas, capullo!”, entonó Miguel Ángel como exordio a su perorata. Tomó aire, un trago largo de su cubata, y prosiguió con voz profunda: “Querido Ele, cómo se nota que nunca te has casado, ni liado ni comprometido, ni nada de eso, ni has tenido que levantarte a las tantas a dar biberones. ¡Que vives como un rajá! Eres la envidia de todos. Un tío así, independiente, que vuela a su antojo por el mundo, de acá para allá, a capricho, como un globo sin lastre, leve. ¡Insoportable, tío, casi inconstitucional! No has querido atarte a nada ni a nadie, eres, qué sé yo, un jodío existencialista de la vida”. El clímax de la arenga fue subrayado por los aplausos, las risotadas de complicidad y los ecos correspondientes. “Pues ya sabes, Ele, para que sigas con ese espíritu aventurero, nosotros, los aquí de cuerpo presente, tus amigos, te hacemos entrega de esto. ¡Y a ver si hay redaños!” Flotó la última delicadeza en el aire de la sala como un guante. Antes de recoger el reto y el regalo, Eleuterio se embauló de un solo trago un chupito de vaya usted a saber qué yerbas. Los demás, por no hacerle de menos, imitaron el gesto a coro.

El homenajeado echo mano entonces al regalo, que resultó ser una cajita cuadrada y plana, con pinta de albergar un CD o algo similar. “Ya ves, Ele, lo compramos en El Corte Inglés, por si no te atreves con ello y quieres cambiarlo”, le provocó uno de los camaradas. Sin responder, de momento, Eleuterio procedió al desempacado del objeto. Tuvo que manosearlo un buen rato y darle varias vueltas antes de que sus dedazos topasen con una brecha en el envoltorio. Se trataba -ahora estaba todo claro- de un bono aventura, canjeable por un curso de pilotaje de ultraligeros. Mientras Eleuterio lo mostraba al respetable, Miguel Ángel parafraseó el eslogan de la caja: “No te regalamos un vulgar y pesado objeto, sino una hermosa y liviana experiencia”. Y remató, por si antes no hubiera sido bastante claro: “Ahora a ver si hay un par, Ele”.

Eleuterio vio llegado el momento de aceptar el guante. Se irguió solemnemente, en precario equilibrio eso sí, se atizó otro lingotazo, se aclaró la voz y trastabilló con las primeras sílabas hasta que pudo arrancarse ya de corrido: “¿Sabéis lo que os digo, Miki, a ti y al resto de estos canallas?, que gracias por todo, que os quiero mucho, y que no pienso ni de coña montar en un cacharro de esos ni mañana ni pasado ni al otro...” El murmullo iba subiendo hasta convertirse en abucheo, mientras el orador alzaba las manos como pidiendo paciencia a su público. “En verdad, en verdad os digo que voy a volar... ¡ahora mismo!, eso os digo, mamones”. Y los vítores de la peña resonaron por todo el recinto acristalado.

Los colegas conocían bien estas reacciones de Ele, de algún modo el guion estaba escrito, y hasta habían concertado ya el primer paseo aéreo para esa misma tarde. Así que, en cuanto lograron recobrar la compostura y tras el obligado paso por los aseos, salieron a la pista. Allí les esperaba un reluciente ultraligero motorizado biplaza, y al pie del mismo una joven bajita enfundada en un mono naranja.

- ¿Quién va a volar? –preguntó la instructora.

Miguel Ángel se adelantó al grupo, le tendió la mano y le presentó a Eleuterio.

- Este es el chico del que te había hablado –aclaró-, trátamelo bien.

-Hoy daremos solo un garbeo sobre el aeródromo –les tranquilizó ella -, para quitar el miedo a la altura, más que nada, porque veo que *tu chico* no está en las mejores condiciones para empezar en serio.

- Cierto, Butanita –irrumpió Ele-, elegí mal día para empezar a volar.

- Toma, anda, ponte esto, así iremos a juego –dijo la piloto, obviando las gracias de dudoso gusto, y le largó a Eleuterio un casco, un sospechoso bulto naranja y una mochila con el paracaídas de emergencia.

Una vez ataviado el neófito, abordaron el aparato en cuestión. La instructora ocupó el asiento trasero y cedió al alumno la privilegiada posición de proa, como es uso en estas lides. Cambiaron cuatro palabras para comprobar el sistema de intercomunicación de sus cascos. Todo en orden. Los cinco amigos, acomodados junto a la pista, pudieron ver entonces como la máquina echaba a rodar lentamente. Todo pintaba bien en una tarde tibia de primavera avanzada. Cero nubes. Brisa suave. Dos mariposas amarillas vibraban a un palmo del asfalto. Cedieron amablemente el paso al ruidoso pájaro de tres ruedas, que iba ganando velocidad y, poco a poco, altura.

Eleuterio veía como sus alopécicos colegas se iban haciendo pequeñitos allá abajo. Incluso la terminal vanguardista, rodeada por tejadillos de lego, se redujo al tamaño de un espejo doméstico. Crecía, en cambio, la verde estepa cereal, surcada por arterias de amapolas. Prosiguieron el ascenso gracias a una térmica hábilmente cabalgada por la piloto, hasta que el vértice del ala delta les señaló una bandada de palomas.

- Son palomas de Königsberg –informó ella.

- ¿De qué?

- De Königsberg –silabeó.

- Nunca había oído hablar de esa raza.

- Sí, muy útiles para el aviador, marcan el techo de vuelo.

- ¿No podemos subir más? –preguntó Eleuterio.

- No, sería peligroso.

- Pero, ¿por qué? Inténtalo, venga, tendríamos mejor vista y notaríamos menos la resistencia del aire.

- Primera lección: no vuelas ni muy alto ni muy bajo.

- ¿Cómo dices?

- Que no vuelas nunca muy abajo, se pueden enredar las ruedas en cualquier cable, ni tampoco muy arriba.

- Arriba no hay cables.

- Ya, pero los planos pierden sustentación y el motor impulso.
- Venga, no fastidies, Butanita, tira más arriba.
- Olvídate del tema, volvemos a casa... Ah, y no te pases más de listo, que aquí arriba nos conviene calma y control.

Ya en tierra y a pie de pista, Eleuterio relataba excitado sus recientes experiencias a los amigos. La instructora, mientras tanto, sin apenas despedirse, se retiraba a un hangar para cambiarse.

- Llámame el lunes –le espetó a Miguel Ángel sobre la marcha-, veremos si sigo o no con *tu chico*.
- ¿Qué ha pasado? –curioseó Miguel Ángel.
- A tu amigo no le gustan las normas ni los límites.
- Sí, lo sé.
- Pues a ver cómo le haces entender que sin límites no hay vuelo –sentenció sin detener sus pasos.

El gesto contrariado de Miguel Ángel parecía estar pidiendo explicaciones. Y, efectivamente, Eleuterio intentó dárselas.

- No quería subir por encima de las palomas, la tipa esa. ¿Sabes? La aviación habrá progresado mucho, pero la mentalidad de algunos no. Eso de “no muy abajo ni muy arriba”, ¿no lo decían ya los griegos?
- Sí, chaval, y mira cómo acabó el pobre Ícaro. Más te vale hacer caso, ella sabe de esto, créeme.
- ¿Ves? A eso me refiero, Miki, seguimos actuando como en los antiguos, pero ahora las alas no son ya de cera, la técnica ha progresado. También la ciencia. Por eso sabemos que el sol está muy lejos y que no nos quemará por subir unos pocos metros más.
- Venga, déjalo, te disculpas con la chica cuando salga y listo.
- De eso nada. Además, ¿sabes qué?, ahora mismo vuelvo a montar en ese trasto y subiré hasta donde me dé la real gana.
- No digas chorradas, Ele –le ordenó Miguel Ángel ya casi forcejeando.
- No son chorradas, Miki, me he fijado bien en lo que hacía Butanita y no tiene tanto misterio. Vamos, tío, por los viejos tiempos, una gamberrada, una aventurita, acuérdate: No limits! –le gritó.

Se zafó entonces Eleuterio de la presa de su amigo y corrió hacia el ultraligero. Lo abordó de un salto y lo puso en marcha. Miguel Ángel y el resto de la partida tardaron unos segundos en reaccionar. El tiempo que les llevó hacerse a la idea de que la amenaza iba en serio. Salieron tras Eleuterio y lo alcanzaron cuando el aparato se deslizaba ya por la pista. A duras penas, Miguel Ángel logró meter medio cuerpo en el asiento libre. No podía pensar con claridad, todo fue muy

precipitado, pero de algún modo borroso creyó que con esa maniobra bastaría para que su enloquecido amigo entrase en razón. “No se atreverá a despegar conmigo medio colgado”.

- ¡Ele, joder, para esto! –le gritó un par de veces.

Se dio cuenta de que el designo era irreversible cuando vio a los otros cuatro ya lejos y sin resuello, con las manos apoyadas en las rodillas. La nave comenzó a oscilar y a levantarse. Miguel Ángel se revolvió como pudo y logró meter su entera y generosa anatomía en el escaso recinto destinado al copiloto.

- ¡Baja de una puta vez, chiflado! ¡Nos vas a matar!

Apenas pudo intuir, entre el viento, lo que le respondió a gritos Eleuterio: “No limits, tío... volar sobre las palomas... después ... sano y... en tierra”. Ascendieron un buen rato a trompicones, hasta que un milano rasgó ante ellos el inmenso azul del cielo. El motor comenzó entonces a titubear y el ápice del ala pronto apuntó hacia el suelo. Los amigos todavía recuerdan aquella caída como una espiral lenta, agónica, interminable. Y el impacto, que les sacó bruscamente de su parálisis, como un golpe en el alma. Llegaron a tiempo para sacar a Miguel Ángel, roto y muerto, de entre el amasijo de piezas, y para auxiliar a Eleuterio que había quedado inconsciente bajo su paracaídas.

Hubo autopsia, pero no reproche penal. Versión oficial: accidente. Aunque Eleuterio, sin duda, hubiera preferido pasar por la cárcel, donde los años fluyen lentos, pero al menos los días se suceden. Él quedó, en cambio, atrapado en la jaula de su cincuenta aniversario, en ese día fatídico y recurrente. Todos los días son y serán ya el mismo. El mismo día con el mismo afán: mover ladera arriba la pesada piedra de una insoportable responsabilidad.

Nombre completo: Alfredo F. Marcos Martínez [para la firma del cuento “Alfredo Marcos”]

Resumen interpretativo: El cuento es una relectura en clave narrativa y contemporánea de la metáfora kantiana de la paloma y de los mitos griegos de Dédalo e Ícaro, por una parte, y de Sísifo, por otra. Todas estas fuentes clásicas, de un modo u otro, nos hablan de la libertad, de sus vínculos con la noción de límite y con la de responsabilidad. Según Kant, la paloma que nota la resistencia del aire cree que sin aire volaría mejor. No sabe que lo que resiste y limita es al mismo tiempo lo que posibilita. En otras palabras, no hay libertad absoluta, no hay libertad si no hay límite que le dé apoyo. El límite y apoyo más claro para la libertad humana es el de la naturaleza humana. Algo similar sugiere el mito de Dédalo e Ícaro: se puede volar pero siempre dentro de cierto rango. El mito de Sísifo sirve aquí para vincular la noción de libertad con la de responsabilidad. Por último, y como referencia literaria contemporánea, se ha jugado con las imágenes de gravedad y levedad, en la línea de Milan Kundera.

Breve CV: Alfredo Marcos (www.fyl.uva.es/~wfilosof/webMarcos) ha sido jugador de balonmano y profesor de instituto. Actualmente es catedrático de filosofía de la ciencia en la universidad de Valladolid. Ha escrito una docena de libros y un centenar de artículos filosóficos. También ha escrito una novela histórica y varios relatos literarios. Ha impartido clases y conferencias en los más diversos foros, en España, Colombia, Francia, México, Italia y Polonia. Actualmente investiga sobre la naturaleza humana y sobre el concepto de diferencia.